

en el obrar los latinos. El fué en verdad una admirable alma clásica y universal: tuvo de la belleza el sentimiento griego y del amor, el sentimiento cristiano; su americanismo, pues, es la negación más absoluta, la condena inapelable de aquel otro americanismo del norte, de filiación anglo-sajona, al cual decididamente se opuso.

Los nietos de Albión tendían codiciosos las azucaradas redes para atrapar estos lejanos nietos de Roma; y muchos crédulos quedaron presos. Rodó lanza entonces su grito de alarma. «Es necesario oponerse con el sentimiento y con la razón a esta nordomanía. Nosotros, americanos latinos, tenemos una herencia de raza, una gran tradición étnica que conservar, un vínculo sagrado que nos une a las páginas inmortales de la historia y a nuestro honor ha sido confiada su continuación en el porvenir». Demasiado lejana está la raza latina de América de la concepción anglo-sajona utilitaria del destino humano; de la chata igualdad en la mediocridad de toda energía y de todos los valores; de su moderno verbo de sensacionalismo cuya suprema finalidad tiende exclusivamente a aumentar el bienestar material, al cual queda sumisa todo orden de actividades. Rodó, aun reconociendo lealmente algunas buenas cualidades y los buenos resultados de la organización de los Estados Unidos, confiesa con tanta sinceridad que los admira pero no los quiere. ¡No puede quererlos! El discierne con penetrante agudeza el vacío, las imperfecciones, la superficialidad. El norteamericano describe el círculo vicioso señalado por Pascal cuando, corriendo en pos de bienestar, no busca su fin fuera de sí mismo: con todas sus riquezas, carece de buen gusto; no conoce la virtud de la selección; junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política se halla un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales; en medio del turbulento e incesante trabajo para aumentar su prosperidad, no conoce el noble significado del *ocium* latino, es decir, de las horas dedicadas a las especulaciones desinteresadas del espíritu. No es este, no debe ser este nuestro americanismo, dice Rodó a sus gentes. Ser americanos para él significa recordar sus propios orígenes españoles y latinos. Significa también otra cosa: no extrañarse corriendo tras las falsas imágenes de la moda de París, tan adversa al genio español, que con sus oropeles simbolistas y decadentistas había deslumbrado a algunos de sus jóvenes compatriotas, quienes más bien necesitaban modelos fuertes y sanos en la noble empresa que les esperaba para la regeneración de su patria.

Fuera de toda duda, la eficacia de Rodó se debe, sobre todo, a la amabili-

dad con la cual discurre, a aquel don de persuasión suyo que Anatole France llamaba divino. Más que Montalvo, excesivamente personal, demasiado impetuoso, él contribuyó a hacer de Montevideo aquel brillante centro de intelectualidad intensa y fecunda que hoy se gloria de ser. Léase *Ariel*, la más representativa de sus obras: hay en ella la poesía de un sacerdote de la belleza, la vibración de un alma que cree en el porvenir y en el progreso como en una religión, la llama de la más alta idealidad; y de cada palabra reboza tanta simpatía para la humanidad, que nos dejamos llevar, llenos de confianza, por sus razonamientos, le escuchamos atentamente, con mucho deferencia, como se escuchan los consejos de un sabio y experimentado amigo. Más o menos, le aconteció lo contrario de lo que aconteció a Renán, su pensador predilecto: en el escepticismo de la crítica histórica de éste, se trasluce dondequiera el vago misticismo que meció su juventud en el seminario de Treguier; en Rodó, más bien, el rígido positivismo de Augusto Comte, al que educó su intelecto, queda vencido por las naturales inclinaciones de su espíritu, que lo llevan a las más ardientes manifestaciones de fe en un porvenir siempre mejor por virtud humana, en el cual toda la vida será belleza, toda la belleza amor, todo el amor caridad. «Hasta que exista en el mundo la posibilidad de disponer dos pedazos de leño en forma de cruz—es decir, siempre—la humanidad continuará creyendo que el amor es el fundamento de todo orden establecido y que la superioridad jerárquica en el orden, no será otra cosa que una superior capacidad de amar»!

¡Con qué corazón, nosotros, hombres de la vieja Europa, agobiados por los siglos y por las tradiciones, leemos estas palabras! Nosotros, que creíamos que la formación moderna de las nuevas naciones de América fuera toda engoznada sobre la doctrina del más fuerte y del más productivo! He aquí, más bien, que de la blanca ciudad del Río de la Plata nos llega una voz que dulcemente nos saca del error y nos dice que también allá lejos, entre los pueblos que aspiran a su resurgimiento, algunos hay que fijan sus miradas, como faros luminosos, en Atenas, en Roma, en el Gólgota: los tres factores potentes y eternos de nuestra civilización.

RUGGÈRO PALMIÈRI

**Lector:** Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

## El jay! de los pueblos abandonados

Somos los pueblos abandonados en el martirio de la inacción; somos los pueblos que aun existimos... en el olvido de la nación.

Malos caminos, peores escuelas, y el caciquismo y la ingratitude: esa es la herencia que nos legaron cual patrimonio de esclavitud.

Somos los hijos que van descalzos por el sendero del malestar; sólo se acuerdan de nuestras vidas cuando los «votos» debemos dar.

Y mientras tanto se va extendiendo como una hoguera nuestro dolor, hasta que un día, la nueva aurora, sobre el incendio pondrá un fulgor.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, 1924.

## A manera de autosiluetas...

(Viene de la página 360)

ante la eternidad. Yo tengo amor, y tengo mis dos hijos, y tengo una hija también. Sé que algunos murmuran; porque tener conceptos justos se aplaude y acordar los actos a esos conceptos se vitupera; porque la rebelión y la independencia enfurecen a los mansos. Cuando un hombre pisa recio y la acera retumba, el buenazo de mi perro ladra y escandaliza la calle. Dentro de mi casa, sin embargo, están conmigo los míos, y permanecen tranquilos, con todos mis amigos, que continúan viniendo a mí.

Pasemos.

Odio los gestos, las presuntuosas bizarrías con que algunos suelen adornarse de plumas. Odio esto en la vida y en el arte, en mi arte. No soy un simple; aspiro a ser un simplificado. Amo la sencillez precisamente porque en ella encuentran paz los complejos. Y como en la sencillez cabe la multiplicidad, ella es mi norte, mi fin en la depuración.

He definido el arte así: *Es una ficción que sirve para comunicar, no la verdad misma, sino la emoción de la verdad.* Y he dicho sobre mi ideal de estilo: *Música y transparencia*, porque con esto cumplido, las demás virtudes vienen solas.

Acerca de mi definición del arte, no creo necesario insistir. Cuando más, pido fijarse en que digo *comunicar* y no *expresar*. La expresión lisa y llana, por exacta y poderosa que sea, pertenece a la ciencia; comunicar y aun contagiar es misión del artista.

Defino en cambio esas dos palabras sobre el estilo, *Música y transparencia*. Porque yo desearía que, al leer mis obras, el lector se olvidara de que lee y recibiera sólo, como directas de